

Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia

FRANCISCO VICENTE CALLE CALLE
MARÍA DE LOS ÁNGELES ARIAS ÁLVAREZ

Este artículo es fundamentalmente la traducción de las páginas que el capitán J. -J. -E. ROY dedica en su libro titulado Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814), (Tours, 1856), a describir su paso co-mo prisionero de guerra por tierras de la provincia de Badajoz y de la Raya durante la participación en la Guerra de la Independencia. Su narración nos permite no sólo descubrir lo que podemos denominar «los desastres de la guerra», sino también toda una serie de pequeños detalles «intrahistóricos» que nos acercarán a la manera de pensar, de sentir y de vivir la sociedad extremeña contemporánea de la invasión napoleónica.

Cet article est fondamentalement la traduction des pages que le capitaine J. -J. -E. Roy consacre dans son livre intitulé Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Peninsule (1808-1814), (Tours, 1856) à décrire son passage en captivité par les terres de l'Estrémadure et de la frontière portugaise lors de sa participation à la guerre dite d'Indépendance. Sa narration nous permet de découvrir non seulement ce que nous pouvons appeler «les désastres de la guerre», mais aussi des petits détails en rapport avec la façon de penser, de sentir et de vivre de la société de notre région à l'époque de la guerre contre l'envahisseur français.

En 1856 aparece publicado en Tours el libro titulado *Les Français en Espagne. Souvenir des guerres de la Péninsule, (1808-1814)* cuyo autor es el capitán de estado mayor J. -J. -E. Roy. El libro, como su propio título da a entender, relata las vivencias del capitán Roy durante la Guerra de la Independencia, desde su movilización en enero de 1808, para incorporarse al ejército del

general Dupont, hasta su salida de nuestro país en diciembre de 1813. Son, por lo tanto, cinco años durante los cuales, J. -J. -E. Roy va a recorrer España «guiado» por los avatares de la guerra. Los únicos datos biográficos del capitán Roy que hemos conseguido reunir son los que él mismo aporta en su libro. Sabemos que entró en España el 25 de enero de 1808, «à quatre heures de l'après-midi» (p. 2), siendo capitán de estado mayor, y que abandonó España en diciembre de 1813, con el grado de jefe de escuadrón de estado mayor. Entre estas dos fechas tenemos la narración de un recorrido por España de norte a sur y viceversa, en la que J. -J. -E. Roy, no sólo va a referirse a los acontecimientos históricos ligados a la Guerra de la Independencia como el Tratado de Fontainebleau, la sublevación del dos de mayo de 1808 o la derrota de Bailén, sino que además describirá costumbres, como los toros, la Semana Santa; personajes como los serenos de Madrid o los guerrilleros; monumentos como El Escorial, El Real Sitio de Aranjuez o la Alhambra e, incluso, dará explicaciones sobre instituciones, como la Inquisición. En este sentido, su relato no está demasiado lejos de los de otros compatriotas suyos que también recorrieron España a lo largo del siglo XIX como Charles Davillier, Alexandre Laborde o Théophile Gautier, por citar alguno de los viajeros más famosos¹.

Sin embargo, de los *Souvenirs...* del capitán J. -J. -E. Roy, sólo vamos a fijarnos en las páginas que hablan de su paso por Extremadura y la zona portuguesa de la Raya, a donde llega después de haber sido hecho prisionero en la localidad toledana de Tembleque, el 30 de julio de 1808, tras la derrota de Bailén (19 de julio de 1808)².

¹ He aquí las etapas del recorrido completo que hizo J. -J. -E. Roy desde que entró en España en 1808 hasta que se marchó en 1813: Irún, Hernani, Tolosa, Mondragón (Guipúzcoa); Vitoria; Miranda de Ebro, Pancorbo, Briviesca, Burgos, Celada (Burgos); Torquemada (Palencia); Dueñas (Burgos); Valladolid; Guadarrama, El Escorial, Madrid, Aranjuez, (Madrid); Toledo; Madrid; Madridejos, Tembleque (Toledo); San Fernando de Henares, Leganés, (Madrid); Novés, Talavera de la Reina, Oropesa (Toledo); Castillo de Piedrabuena Alburquerque, La Codosera, (Badajoz); Campo Maior, Elvas, Juromenha N. Sra. do Loreto (Portugal); Olivenza, Oliva de la Frontera, Fregenal de la Sierra, (Badajoz); Santa Olalla, Camas, San Juan de Aznalfarache (Sevilla); San Lúcar de Barrameda Puerto Real, Puerto de Santa María (Cádiz); Sevilla; Jerez de la Frontera (Cádiz); Sevilla; Granada, Madrid, Aranjuez.

² El recorrido del prisionero por tierras extremeñas y portuguesas ocupa las páginas 145-163 del libro *Les Français en Espagne. Souvenir des guerres de la Péninsule, (1808-1814)*, Tours, 1856, Ad. Mame et cie, Imprimeurs-Libraires. Tanto la traducción como las notas son nuestras.

Estas circunstancias, hacen que esta etapa del viaje del capitán Roy nada tenga que ver con los viajes de los compatriotas anteriormente citados. Su recorrido por tierras extremeñas puede ser considerado como una odisea a través de la provincia de Badajoz, en la que se ve desfilar una serie de personajes de toda condición social que nos ayudarán a comprender de una manera muy directa cómo se vivió en Extremadura la invasión napoleónica. Es un relato, al que podemos calificar, siguiendo a Unamuno, de «intrahistórico», en el que se nos mostrará, a veces mediante una fina ironía, que, a pesar del tiempo transcurrido, hay actitudes y hechos que no han cambiado demasiado, y no sólo en lo referente a la guerra.

Desde que es hecho prisionero en Tembleque, el capitán J. -J. -E. Roy es trasladado sucesivamente a San Fernando de Henares, Leganés, Novés, Talavera de la Reina y Oropesa. La localidad toledana es la última que cita antes de entrar en tierras extremeñas. Curiosamente, nada sabemos de la ruta que siguió desde esta localidad hasta el castillo de Piedrabuena, cercano a San Vicente de Alcántara, siguiente etapa de su cautiverio y primer topónimo extremeño citado en sus Souvenirs. Es posible que siguiera la ruta que unía Madrid con Lisboa hasta Trujillo, y que pasaba por La Calzada de Oropesa, Navalmoral de la Mata, Almaraz, Jaricejo y Trujillo³. Desde aquí pudo dirigirse hacia San Vicente de Alcántara pasando por Cáceres, Malpartida de Cáceres y Aliseda.

³ En 1808, Alexandre LABORDE publica su *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, en cuatro volúmenes. He aquí las etapas del Camino Real de Madrid a Lisboa, desde las fronteras de Castilla la Nueva, hasta Trujillo, según aparece en la traducción española titulada *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo*, hecha por Mariano de Cabrerizo y Basenas, Valencia, 1816, imprenta de Idelfonso Mompí, p. 387.

LA CALZADA DE OROPESA a	leguas
Navalmoral, villa.	4
Espadañal, villa.	1
Almaráz, villa.	1
Rio Tajo.	
Puente de Almaráz.	3/4
Venta nueva.	1
Casas del Puerto.	1 Jaraycejo, villa.
Rio Almonte, puente.	2
Puerto de Miravete, algunas casas.	1 1/2
TRUXILLO, ciudad.	2

RELATO DEL CAPITÁN J. -J. -E. ROY

«Tras haber caminado todo el día, bajo la lluvia, por caminos impracticables, llegamos a las nueve de la noche ante la puerta del *castillo de Piedra Buena*⁴. Llamamos varias veces con violencia; esperamos bastante rato sin que nadie nos respondiera. Por fin las troneras del castillo se iluminaron con un resplandor que parecía venir del patio; poco después la puerta se abrió: nuestros soldados iban a hundirla a culatazos. Estaba expectante por conocer a los habitantes de esta antigua morada, cuando un viejo hidalgo, grande, delgado, seco, armado con una larga espada, se presentó ante nosotros. Si había creído reconocer a Sancho Panza en el alcalde de Madridejos (Madridejos)⁵, debía, con más razón, reconocer a su amo en el castellano del castillo de Piedra Buena: allí estaba realmente el héroe de Cervantes, pero a la edad de ochenta años⁶. Le seguía una vieja mujer, mucho más pequeña que él, pero no menos seca, y, quizás, más arrugada. Esta pareja decrepita estaba acompañada por dos niños; uno llevaba en la mano un puñado de juncos encendidos, de la especie llamada esparto, con la que se hacen, en algunas partes de España, cuerdas para pozos y sombreros de espartería, y que se utiliza también como antorcha o hacha, como era el caso. El otro niño tenía bajo el brazo una gavilla de la misma planta, de la que cada cierto tiempo sacaba un puñado para sustituir a la que estaba a punto de apagarse. Fue con la ayuda de este primitivo alumbrado como entramos en el castillo.

Tras haber recorrido bóvedas sombrías tapizadas por telarañas, nos encontramos en un vasto patio donde estuvimos durante una hora. El capitán

⁴ Cerca de San Vicente de Alcántara. Sobre este castillo ver AA. VV.: *La España Gótica (14)*. Extremadura, Madrid, 1995, Ediciones Encuentro, S.A., pp. 363-364.

⁵ Dicho alcalde es descrito por J. -J. -E. Roy con estos términos: «*Inmediatamente vi entrar al magistrado; era un hombre bajo, moquetado, de vientre prominente, y que me hubiera recordado bastante a su compatriota Sancho Panza, a no ser por una cierta afectación de gravedad y de importancia incompatible con la simplicidad y el descuido del famoso escudero del caballero de la Mancha*», pp. 122-123.

⁶ El capitán J. -J. -E. Roy no es el único viajero francés que piensa en los personajes o en los sitios evocados en *El Quijote* durante su viaje por España. Como simple muestra de la importancia que tiene la novela de Cervantes en el imaginario francés de la época se puede consultar *el índice de nombres de personajes* de la obra de Bartolomé et Lucille BENNASSAR, *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones au XVI^e au XIX^e siècle*, Paris, 1998, Robert Laffont, (Bouquins), p. 1256, voz: *Quichotte (Don)*. De ahora en adelante citaremos este libro como *V. E.*, señalando de antemano que las traducciones son nuestras.

Palacio⁷, el castellano y la vieja, precedidos por los dos niños que alumbraban, recorrían el castillo para encontrar un rincón que pudiera servirnos de dormitorio. Palacio señaló una sala que parecía conveniente para alojarnos; pero, siguiendo el consejo de la vieja, el hidalgo propuso una cuadra donde, según él, estaríamos mejor.

Esta opinión fue la que prevaleció, y se nos condujo a un establo del que se hizo salir delante de nosotros a veintiséis cerdos, tres asnos, dos mulas y una yegua; estos animales fueron conducidos a la sala que el capitán había indicado, y se nos hizo ocupar su sitio en la cuadra. Está claro que este arreglo no se había hecho a favor nuestro. Nosotros hubiéramos estado mejor en la sala que he mencionado, y los animales hubieran estado mejor sobre su cama maloliente que sobre las baldosas o los adoquines de aquella sala. Pero el digno castellano temía ensuciar los apartamentos de su castillo admitiendo en ellos a gente de nuestra especie, y pensó que la cuadra era el único sitio conveniente para recibimos. Habríamos soportado pacientemente esta humillación si hubiéramos tenido algo de comida; pero no tuvimos para cenar más que un trozo de pan que habíamos guardado de la ración de la víspera; después, nos acomodamos lo mejor posible para no mancharnos demasiado con la porquería que llenaba el establo, y el sueño no tardó en hacernos olvidar un instante nuestros sufrimientos⁸.

⁷ El capitán Palacio es el oficial al mando de la tropa que custodia a los prisioneros franceses.

⁸ Esta será la primera humillación que sufran los prisioneros en tierras extremeñas. Ya antes habían sido vejados durante el viaje desde Madrid. Los sufrimientos y maltratos físicos y morales a los prisioneros eran tales que muchos de los cautivos, entre ellos Sébastien Blaze y el mismo J. -J. -E. Roy, al llegar a los pontones gaditanos se sentían como si hubieran llegado al «paraíso». Curiosamente, el paralelismo existente entre ambos textos nos hace pensar que J. -J. -E. Roy. pudo «inspirarse» del texto de S. Blaze, escrito en 1828, para describir su llegada a los pontones: «Subí por la escala con un placer infinito, feliz de reencontrarme con los compatriotas y de haber terminado mi peligroso viaje. Entonces no veía el pontón como la más horrible prisión que se pueda imaginar; sino como un asilo en el que mis días iban a estar en seguridad. La distancia que lo separaba de tierra me parecía una barrera protectora que de ahora en adelante me iba a poner al abrigo de las persecuciones de los monjes, de los bandidos y de los ataques de una canalla tontamente supersticiosa que creía ver al enemigo de Dios en su propio enemigo y su enemigo en todo lo que no era de su nación». Cf. BLAZE, Sébastien: *Mémoires d'un apothicaire*, en *V. E.*, p. 1111. He aquí el texto de J. -J. -E. Roy: «Subí por la escala con un placer infinito, feliz de reencontrarme con los compatriotas y de haber terminado mi peligroso viaje. El pontón era, es verdad, una prisión; pero también era como un asilo en el que mis días iban a estar en seguridad. La distancia que le separaba de tierra me parecía una barrera protectora que de ahora en adelante me iba a poner al abrigo de los insultos, de las amenazas y de los puñales de un populacho fiero y estúpido», p. 172.

La alegría no abandona nunca a los franceses en las situaciones más tristes. Cuando nos despertamos, hubo una batería de bromas y de chirigotas sobre nuestro anfitrión y sobre la manera en que nos había mostrado su hospitalidad; nos preguntábamos si, cuando soñábamos con castillos en el aire⁹, habíamos imaginado alguna vez uno más brillante que aquel de Piedra-Buena. Finalmente hubo que pensar en la partida. Aquel día no tuvimos *rancho*¹⁰, y tuvimos que conformarnos con comer unos puñados de bellotas dulces que los dos niños nos vendieron a precio de oro.

Cuando íbamos a partir hacia Alburquerque, un mensajero enviado por algunos ciudadanos notables de este pueblo avisó a Palacio de que el populacho tenía pensado asesinarlos¹¹. El capitán retrasó nuestra partida hasta la

⁹ La expresión francesa equivalente a «hacer castillos en el aire» es «faire des châteaux en Espagne», con lo que la ironía es aún mayor en el texto francés.

¹⁰ Esta palabra aparece en español en el original y merece una explicación por parte del capitán J. -J. -E. Roy: «Ya que acabo de hablar del rancho, mis lectores no se molestarán si les explico en qué consiste este manjar, que nos daban siempre que podíamos pagarlo. El rancho es la comida ordinaria de los soldados. La nuestra se componía de hojas de col y de lechuga, de patatas cortadas en cuatro trozos sin pelar y sin lavar, y de algunos puñados de garbanzos, todo cocido a borbotones en un caldero. El cabo que iba delante se encargaba de prepararnos el rancho, pagando cuatro reales que cada uno le daba diariamente. Él ganaba algo y nos ahorrraba el tener que comprar comestibles y que cocinarlos, cosa que en nuestra posición hubiera sido muy difícil, por no decir imposible», p. 145.

¹¹ «Esta actitud del pueblo español durante la Guerra de la Independencia se repite en los relatos de otros viajeros franceses. Veamos el ejemplo del barón Jules-Antoine Paulin: «Atravesamos Extremadura en plena época de siega, con un calor sofocante; y el aspecto de los segadores de tez cobriza, con los brazos vigorosos, arremangados hasta los hombros, no tenía nada de tranquilizador; dirigían sus guadañas y hoces hacia nosotros con gestos que hacían más amenazadores todavía sus ojos brillantes de odio. (...) Entramos en Badajoz, ciudad fortificada sobre el Guadiana, (...) El pasar a galope por los pueblos, el no cambiar más que de caballos en las postas, había conseguido ocultar hasta entonces nuestra marcha vertiginosa. Pero en una ciudad en guerra ocupada por las tropas francesas, en la frontera con Portugal, al cabo de media hora, toda la población sabía que tres oficiales franceses habían llegado a la plaza. Entonces cuando salimos del restaurante para montar a caballo, una hora después de haber entrado, primero la curiosidad, después la mala voluntad, hicieron acercarse a nosotros hombres, mujeres, niños que se pusieron a gritar primero, a insultarnos después, y, finalmente, a amenazarnos. A nuestro alrededor se estaba formando un tormenta: no quisimos dejar que estallara: apenas subimos a los caballos, con nuestro postillón detrás, picamos espuelas y, cargando directamente sobre el gentío, lo atravesamos, distribuyendo latigazos a un lado y a otro a la chusma que nos rodeaba y nos perseguía a pedradas.

tarde, con la finalidad de no llegar a este pueblo hasta ya entrada la noche. A pesar de esta precaución, que probablemente nos salvó la vida, encontramos todavía un buen número de agricultores que nos lanzaron los insultos de costumbre; pero eran demasiado poco numerosos para intentar asaltar nuestra escolta. Para protegernos con más seguridad de la furia del pueblo, nos alojaron en la torre más alta de la ciudadela¹². Allí, al menos, respiramos aire puro; los rayos del sol penetraban a través de los barrotes de nuestra ventana, a la que no llegaban los proyectiles lanzados por la muchedumbre. Palacio nos anunció que permaneceríamos un tiempo en Alburquerque; acogimos esta noticia con sumo placer, ya que así tendríamos un poco de descanso. Rápidamente hicimos preparativos para la estancia. El carcelero se encargó de preparar nuestro rancho; menos ladrón y mejor cocinero que nuestro cabo, nos alimentó mejor y más barato. Añadamos a esto que dicho carcelero nos divertía en ocasiones con su burlesca originalidad.

Era la época de las fiestas de Navidad. El día veinticinco de diciembre se nos permitió oír misa en la capilla del castillo. Cuál fue nuestra sorpresa cuando, al entrar en aquella capilla gótica¹³, la encontramos llena de una multitud de hombres y mujeres idénticamente vestidos. Eran los notables, hidalgos y burgueses de Alburquerque, con sus mujeres, sus hijas o sus hermanas, a quienes la curiosidad había llevado hasta allí para poder ver de cerca a los prisioneros franceses. El oficio se desarrolló con un recogimiento conveniente; pero a penas se pronunció el último amén, que aquella multitud salió ruidosamente y se colocó en una plataforma fuera de la capilla, para vemos pasar. Todas aquellas figuras ya no respiraban aquel odio salvaje, aquel desprecio insultante al que estábamos acostumbrados; todos, sin duda alguna, debido a su patriotismo, se alegraban de nuestras desdichas; pero todos parecían sentir pena por nuestra suerte. Rápidamente entablamos conversación; las mujeres sobre todo

Corrimos a galope tendido cerca de hora y media, al cabo de la cual, los guías nos mostraron la frontera de Portugal diciendo: «Aquí la raya». Cf. PAULIN, Jules-Antoine: *Les Souvenirs du général-baron Paulin, 1782-1876*, Paris, Plon, 1895, en *V. E.*, pp. 394-395. También François ARAGO en su *Histoire de ma jeunesse* cuenta cómo tuvo que refugiarse en el castillo mallorquín de Bellver para escapar de la furia del populacho. A pesar de salir corriendo, todavía recibió una puñalada en el muslo. Cf. ARAGO, François: *Histoire de ma jeunesse*, Paris, 1985, Christian Bourgeois éditeur, en *V. E.*, p. 1115.

¹² Sobre el castillo de Alburquerque se puede consultar la ya mencionada obra *La España Gótica* (14). *Extremadura*, pp. 279-281.

¹³ *Ibid.*, p. 281-282.

nos hacía muchas preguntas, que tratábamos de responder con celeridad. Nos paseábamos por la plataforma, y se escuchaban nuestros relatos con interés. La piedad, el enternecimiento se dibujaban en los rostros de nuestras amables visitantes, y a menudo un *¡Jesús, qué lastima!*, seguido de un suspiro e incluso de una lágrima, interrumpía la conversación. Los hombres casi no participaban; se paseaban silenciosamente fumando sus cigarros, sin prestar demasiada atención a la cháchara de sus compañeras. Finalmente, tras dos horas que nos parecieron muy cortas, se dio la señal de partida; nuestros visitantes se alejaron; nuestras miradas los siguieron desde lo alto de la torre hasta que atravesaron la plaza de la ciudadela, y desaparecieron entre las calles del pueblo.

Hay que haber padecido todos los sufrimientos, todas las privaciones, todas las miserias, todas las humillaciones a las que nos habían sometido durante veintiocho días para comprender el alivio que sentimos al ver el comportamiento y las palabras de aquellas almas compasivas. Mi corazón estaba a punto de desbordarse; volví a entrar en la capilla y recé a Dios una ferviente oración de acción de gracias. Nunca, desde entonces, he olvidado el día de Navidad de 1808.

Nuestras caritativas visitantes no sólo mostraron su compasión por nuestros sufrimientos mediante palabras. Al día siguiente, por la mañana, un criado llegó trayendo consigo una enorme cesta llena de provisiones. Sus amos le habían encargado que nos dijera que, como no habían podido invitarnos a la comida de regocijo por ser Navidad, nos querían hacer participar en ella de la única manera que les era posible. La cesta contenía panes blancos, jamones¹⁴,

¹⁴ Aunque para la mayoría de los viajeros decimonónicos que visitan Extremadura, la región es pobre, hay una producción que es loada por todos: la del jamón y los embutidos: *«Extremadura abastece a España de una gran cantidad de jamones, lo mismo que de tocino, acompañamiento obligado de la olla o puchero, que es el plato fuerte de la cocina española. Así se dice:*

*Ni olla sin tocino
Ni boda sin tamborino.*

La fama de los jamones de España es muy antigua, y parece ser que se apreciaban sobre todo los que se hacían de cerdos alimentadas con víboras. Saint-Simon habla de ellos con entusiasmo.

Los chorizos extremeños son también muy famosos en España. Gran cantidad de ellos son preparados en el mes de noviembre, pues hacia San Martín es cuando se hace la

pollo frío, vinos de Jerez y de Málaga, mermeladas, galletas, chocolate y otras golosinas que indicaban que los comestibles habían sido elegidos por manos femeninas. Un paquete de cigarros de La Habana nos llevó a pensar que los maridos tampoco habían sido ajenos a aquella galantería. Otros dos o tres envíos del mismo estilo, provenientes de otras personas, se sucedieron a lo largo del día. Gracias a estas dádivas, todo el convoy, oficiales y soldados, pudo disfrutar [un poco], y rehacer el estómago, dañado por la necesidad o por el uso de las comidas más repulsivas.

Habíamos esperado que esta buena jornada no fuera la última. Pero, por desgracia, al día siguiente, 27 de diciembre, al despuntar la aurora, un sargento entró en nuestra habitación con aire estupefacto, y nos anunció que teníamos que partir al instante. Nos enteramos más tarde que esa partida precipitada se debió a la aparición de una patrulla francesa de reconocimiento que, durante la noche, había llegado hasta las puertas de la villa. Nuestros preparativos fueron rápidos, y un cuarto de hora más tarde estábamos en el camino que lleva a Codocea [La Codosera].

Durante toda aquella jornada, no paramos de hablar de los generosos habitantes de Alburquerque, los primeros que tuvieron el valor de desafiar a la opinión pública para darnos testimonio de su simpatía, y así tratar de aliviar los sufrimientos de nuestro cautiverio¹⁵. Lamentamos sinceramente que no se nos

matanza, como dice el refrán: «A cada puerco le llega su San Martín». Estos animales deben de representar una buena renta para el país, si hemos de creer este otro refrán:

*El extremeño, jamones
trae en vez de doblones.*

*Esta ciudad de [Montánchez] es famosa por sus jamones, que se tienen por los mejores de toda Extremadura. Se cree que Montánchez viene de Mons Anguis, la montaña de la serpiente, nombre que se le habría dado por causa de las víboras, que tanto gustan, según se dice, a los cerdos». Cf. DAVILLIER, Jean-Charles: *Viaje por España*, ilustrado por Gustavo Doré. Prólogo y notas de Arturo del Hoyo. Estudio crítico-biográfico, titulado Gustavo Doré por Antonio Buero, (3 tomos), Madrid, 1949, Ediciones Castilla, pp. 591-592; 598.*

¹⁵ No hay que pasar por alto el hecho de que los habitantes de Alburquerque que ayudan a los prisioneros franceses son los «los notables, hidalgos y burgueses de Alburquerque, con sus mujeres, sus hijas o sus hermanas», es decir, las clases altas de la villa a las que podemos considerar como «afrancesadas». Sobre el fenómeno de los afrancesados se puede consultar la obra de Miguel ARTOLA, *Los afrancesados*, Barcelona, 1997, Ediciones Altaya, S.A., (Grandes obras de historia, 24). En las páginas 36-41 se habla de la condición social de los afrancesados.

permitiera mostrarles nuestro reconocimiento; sólo pudimos pedir a Dios lo mejor para nuestros benefactores; ésta fue la única manera de mostrarles nuestro agradecimiento.

Llegamos a mediodía a Codocea; nos dejaron un rato en medio de una calle mientras iban a buscar las llaves de la prisión, o para dar a los habitantes el gusto de vernos y de insultarnos a sus anchas. No me gustaba servir de espectáculo para los que por allí pasaban, como si fuera una bestia rara; sus bromas groseras eran para mí un suplicio. Me oculté entrando en un casa en la que durante unos instantes me instalé cerca del hogar. La dueña, que había salido para ver a los prisioneros, regresó; sus ojos estaban llenos de lágrimas. Viendo que me perdonaba la libertad que me había tomado al calentarme en su chimenea, tuve el valor de pedirle un vaso de agua; me dio uno de vino llorando a lágrima viva, y me ofreció todo lo que podía haber en su casa. Sorprendido por este comportamiento tan noble y que chocaba tanto con la conducta de sus compatriotas, quise conocer la causa de su dolor: *«¡Ay!, me dijo, yo tenía un hijo en el ejército español, y ahora es prisionero de guerra en Francia; les veo tan desgraciados, tan miserables, que sólo pensar que mi hijo puede serlo tanto como ustedes, me hace morir de pena. Acepte, se lo suplico, acepte esta pobre ayuda; ¡soy tan dichosa de podérsela ofrecer! ¡Ojalá haya un alma caritativa que haga con mi hijo lo que yo hago con usted!»*

Me conformé con una naranja y un poco de pan; tras haber dado las gracias a esta señora le dije: *«Sin duda, su hijo es un desgraciado, porque está prisionero; pero, tranquilícese, su vida no está en peligro; no está expuesto a las humillaciones que nosotros sufrimos aquí, tampoco está encerrado en una prisión, se lo aseguro, y tiene que creerme. Le está permitido trabajar, si tiene un oficio; si no lo tiene, encontrará almas caritativas que le darán pan cuando lo necesite. Los franceses no son...»*. Un culatazo en los riñones me interrumpió en medio de esta frase, y me advirtió que tenía que seguir a mis camaradas, que ya iban camino de la cárcel.

El 29, dormimos en Campo-Mayor, plaza fuerte en la frontera de Portugal. Íbamos a entrar en este país. Por la mañana, antes de partir, un jefe de batallón portugués se presentó en nuestra prisión para inspeccionarnos¹⁶. Hecha esta

¹⁶ En 1805, el viajero inglés Robert SEMPLE al cruzar la frontera por Elvas comenta: *«A la derecha del camino, hay algunas tiendas de campaña, bajo cuya sombra una docena de soldados, tumbados a pierna suelta, formaban la avanzadilla de la frontera de Portugal»*. En la primavera de 1809, en plena Guerra de la Independencia, vuelve a cruzar

operación, nos pusimos en marcha, y pronto llegamos ante las murallas de Elvas, ciudad fortificada de Portugal. El pueblo furioso salió al camino para degollarnos¹⁷. Nuestra escolta no podía defendernos y corría tanto peligro como nosotros, pues los portugueses detestan a los españoles; aunque, a decir verdad, el rechazo es mutuo¹⁸. Para evitar un conflicto que parecía eminente, el comandante de la fortaleza no encontró otra solución que apuntar sobre el populacho las piezas de artillería cargadas de metralla. Por suerte para nosotros, se retiraron rápidamente; porque, si por su obstinación, el comandante se hubiera visto forzado a cumplir su amenaza., tanto los asaltantes, como los portugueses, los españoles y los franceses hubiéramos sido ametrallados.

la frontera, aunque esta vez, curiosamente, «la guardia portuguesa que previamente marcaba la frontera de los dos reinos ha sido retirada, y una choza, ocupada con más utilidad por una anciana que vendía pan, fruta y vino, marcaba la estación». Cf. SEMPLE, Robert: *A Second Journey in Spain*, London, 1809, en MAESTRE, María Dolores: *Doce viajes por Extremadura (en los libros de viajeros ingleses desde 1760 a 1843)*, Plasencia, 1995, Imprenta la Victoria, p. 273. Como haremos numerosas referencias al libro de María Dolores Maestre, de ahora en adelante lo citaremos como *V. I.*

¹⁷ Esta actitud del pueblo portugués se justifica porque Portugal, a raíz del Tratado de Fontainebleau, firmado el 27 de octubre de 1807, entre Napoleón Bonaparte y el rey español Carlos IV, -a través del valido de éste, Manuel Godoy-, estaba ocupada por las tropas francesas, a fin de hacer efectivo el bloqueo comercial contra Gran Bretaña. J. -J. -E. Roy explica el contenido del tratado en las páginas 23 y 24 de sus *Souvenirs...*

¹⁸ Jean-Charles DAVILLIER escribe en 1862: «Un río, o por mejor decir un torrente, llamado el Caya, es el único límite de los dos reinos. Sin embargo, sus habitantes difieren tanto entre sí como si tuvieran por frontera un ancho río o una alta cadena de montañas. La antipatía de los españoles hacia los portugueses existe desde hace mucho. Lord Wellington, comparando su enemistad la de los perros y los gatos, decía en un despacho que los arrieros españoles preferirían ofrecer sus servicios a soldados franceses, sus enemigos, que transportar víveres para los portugueses, sus aliados.

Byron, en el primer canto de *Childe Harold* ha descrito muy bien este sentimiento de animosidad: «Entre ellos corre un arroyo argentino, que casi no tiene nombre, aunque dos reinos posean sus verdeantes orillas. Aquí el ocioso pastor se apoya sobre su palo lanzando una vaga mirada a las ondas rizadas, y sin embargo este apacible río separa dos enemigos mortales. Pues en España cada aldeano, lo mismo que el más noble duque, sabe la diferencia que existe entre el español y el humilde esclavo lusitano!»

Un viajero alemán observaba también hace sesenta años el desprecio que los españoles mostraban por sus vecinos los portugueses. Y el odio inveterado con que éstos les correspondían. Un solo rasgo bastará para juzgar de ello. Gran número de ventas portuguesas llevan esta divisa: «Al asesino de los castellanos».», Cf. DAVILLIER, J.-Charles: *Op. cit.*, p. 594. La misma opinión encontramos en las notas del primer viaje de Robert SEMPLE a España en 1805: «Los españoles (...) juzgando a primera vista, tienen tan gran desdén hacia sus vecinos, que ni se toman la molestia de situar algunos espantapájaros vestidos de soldados en su lado de la frontera del arroyo Caya]», Cf.

Al atardecer llegamos a Grumegna [Juromenha N. Sra. do Loreto], donde acampamos. Teníamos que dejar esta ciudad el 1º de enero de 1809 y atravesar el Guadiana para volver a España, pues este río sirve de límite entre los dos reinos; pero aquel día el tiempo era tan malo y las aguas tan agitadas, que el paso hubiera sido extremadamente peligroso. Nuestro capitán no se atrevió a intentarlo y, muy a su pesar, se vio forzado a prolongar nuestra estancia en Grumegna; pues no amaba a los portugueses, y desde que entramos en Portugal no paraba de quejarse de «*esta nación tan poco hospitalaria, sobre todo con los prisioneros*», nos decía; después, no dejaba de añadir a estas recriminaciones un elogio lisonjero de los españoles. Nosotros no osábamos contradecirle; pero como sabíamos perfectamente a qué atenernos, no hacíamos *in petto* ninguna diferencia entre los unos y los otros.

Por fin, el 2 de enero, la tormenta se calmó, y cruzamos el río sin contratiempos. Don Palacio parecía respirar a sus anchas al hollar tierra de España; pero a penas habíamos comenzado a caminar en dirección a Olivenza¹⁹, que, para desmentir de alguna manera sus elogios sobre la hospitalidad de los españoles, se nos vino a anunciar que los habitantes de Olivenza se negaban a recibirnos, que todas las puertas de la villa estaban cerradas, excepto una,

SEMPLE, Robert: *Observations on a Journey through Spain and Italy to Naples*, London, 1808, en *V. I.*, p. 257. Además, tenemos que añadir que, tal y como señala el mismo J. -J. -E. Roy, los ejércitos españoles habían tomado parte, bajo la dirección del marqués del Socorro y de Francisco Taranco, en la invasión de Portugal el 30 de diciembre de 1807. *Souvenirs...*, p. 30.

¹⁹ Olivenza era española desde 1801, como consecuencia de la llamada *Guerra de las Naranjas*, denominación por la que es conocida la breve contienda entre España y Portugal que tuvo lugar, en la zona meridional del territorio de este último país, en 1801. Debido a la alianza mantenida con Napoleón Bonaparte, derivada de los acuerdos vinculados al Tratado de San Ildefonso firmado en octubre de 1800, la diplomacia española se había comprometido a conseguir que Portugal abandonara su tradicional amistad con Gran Bretaña. Pero el fracaso diplomático planteó acciones más contundentes y, el 27 de febrero del año siguiente, el gobierno español declaró la guerra al reino vecino. En mayo de 1801, bajo el mando de la principal figura del gabinete, Manuel Godoy, las tropas españolas tomaron varias plazas fronterizas y ocuparon la región del Alentejo. El regente portugués Juan VI se apresuró entonces a negociar de modo que, el 6 de junio de ese mismo año, la Paz de Badajoz puso fin al conflicto. Portugal se comprometió a cerrar sus puertos a los buques británicos y aceptó la soberanía española sobre Olivenza. Por su parte, el rey español Carlos IV garantizó la soberanía de los territorios portugueses ultramarinos. El nombre por el que se popularizó la contienda se debe a los ramos de naranjo que los soldados españoles trajeron desde el frente a la esposa de Carlos IV, la reina María Luisa de Parma.

protegida por cuatro cañones dispuestos a disparar sobre nosotros, si osábamos acercarnos a ella. El capitán dio media vuelta. Nos hizo dar un gran rodeo por los campos para coger otra ruta y dirigimos a otro punto. Anduvimos durante todo el día y también más de cuatro horas de noche. Por fin, hacia las diez, Don Palacio nos hizo entrar en una casa que estaba al borde del camino. Por orden suya se nos dio pan y vino que pagamos de nuestro bolsillo, y mientras devorábamos esta modesta comida, no paraba de repetimos con un aire de triunfo y de satisfacción: «*¡Bien se ve que estamos en España!*». Después hizo traer dos pacas de paja para que nos acostáramos, y mientras las instalábamos sobre las húmedas baldosas, continuaba con la misma exclamación, aunque con una ligera variación: «*¡Bien se ve que ya no estamos en Portugal!*». Hay que reconocer que nuestro capitán era un excelente patriota. Pero la buena opinión que tenía de sus conciudadanos iba a ser una vez más cruelmente desmentida.

Al día siguiente nos paramos en un pueblecito, a cuatro leguas de allí²⁰. Fuimos asaltados, como de costumbre, por la chusma del lugar. Las calles estaban llenas, había gente en las ventanas, en los tejados e incluso en el campanario. Se nos metió en un patio cuyas ventanas daban a la calle. El populacho se apresuró a apiñarse en torno a la ventanas, se ahogaban, escalaban los muros, se subían unos encima de otros para vernos, abuchearnos y lanzarnos piedras. No había manera de librarse de estos ataques; estábamos, por así decirlo, puestos en la picota. Había que soportar todo aquello sin quejarse. Tras las piedras y el barro, aparecieron los puñales, y confieso que los vi sin miedo. Estos terribles tratos pueden ser soportados diez, veinte veces con resignación; pero llega un momento en el que el espíritu se rebela, el miedo a morir desaparece, y el exceso de exasperación hace desaparecer cualquier prudencia. Ese fue el efecto que produjo en mí aquella escena; cuando vi los puñales levantados contra nosotros, llevado por la desesperación, me acerqué para poder ser alcanzado más fácilmente, y, descubriendo mi pecho, grité: «*¡Golpead, malditos, y acabad de una vez!*».

Esperaba recibir al instante varias cuchilladas, pero de repente todas las armas desaparecieron; cada uno dejó las piedras que tenía preparadas para

²⁰ No sabemos el nombre de este pueblo, pero podría ser alguno de los que se encuentra entre Olivenza y Oliva de la Frontera, como Alconchel, Villanueva del Fresno, Higuera de Vargas o Zahinos. En cuanto a la legua, J. -J. -E. Roy aclara que «*una legua española equivale a seis kilómetros y trescientos cuarenta y nueve metros*» (p. 13).

nosotros, y un grupo de voces empezó a decir: «¡Son cristianos! ¡son cristianos! ¡Amigos, no hay que hacerles daño!».

Extrañado por aquel cambio repentino, pregunté la causa al que se encontraba más cerca de mí, el cual, tras haberse mostrado como uno de los más encarnizados contra nosotros, había sido el primero en volver a una actitud pacífica e incluso acogedora. «*Todos los franceses, me respondió, al menos eso creíamos hasta ahora, son herejes, judíos o sin ninguna religión, y no creen ni en Dios ni en sus santos; por lo tanto, sería una obra meritoria el borrarlos de la faz de la tierra. Pero acabamos de ver que hay excepciones, y que usted, entre otros, no sólo es buen cristiano sino también un católico ferviente*²¹».

-«*Sí, sin duda, soy católico, y estoy orgulloso de ello; pero ¿cómo lo sabe usted?*» «*Por el signo que lleva*». Era el escapulario de doña Teresa de Morillejos, que no me había quitado desde que me separé de esta excelente

²¹ Según cuenta Sébastien BLAZE en sus *Mémoires d'un apothicaire*: « (...) los monjes emplearon con arte la influencia que siempre tuvieron sobre el crédulo pueblo español (...). Pronto se vieron aparecer proclamas fulminantes, canciones, libelos, catecismos patrióticos.

-¿Qué es un español? - Un hombre de bien. -¿Qué es un francés? -Un hereje. -¿Es pecado matar a un francés? No, al contrario, es una buena acción; etc. Tales eran los principios de los catecismos (...). En otro capítulo, se suponía que el diablo tenía tres personas: Napoleón, Murat y Godoy, que componían el infernal trío. De esta manera, cubriendo sus infames proyectos con el sagrado velo de la religión, los monjes incitaban a un pueblo cruel y bárbaro por naturaleza a cometer sin cargo de conciencia alguno los crímenes más horribles; nos hacían pasar por judíos, por herejes, por brujos, para aumentar el odio de los españoles que no conocían más que la religión católica, y de la que no siguen ni la moral, ni los principios.

El ser francés se convirtió en un crimen para las gentes del país; cualquier francés que tenía la desgracia de salir de su escondite caía bajo el hierro de los asesinos. Si algún español, menos inhumano, había tratado de salvarlo o de protegerlo, también era asesinado. Cada uno aspiraba a la gloria de haber matado un francés; poco importaba si lo había matado en el campo de batalla, en las calles, o en la cama de un hospital. Es francés, lo he matado, eso bastaba para contentar la rabia del asesino. Sus camaradas lo aclaman como a un triunfador, se presenta después a su confesor llevando todavía en la mano el puñal ensangrentado, y pide con aire sumiso la absolución por el crimen que acaba de cometer. 'Hijo mío, no es necesaria; sólo damos la absolución en caso de pecado mortal'. Esa es la respuesta del monje español'. Cf. BLAZE, Sébastien: *Mémoires d'un apothicaire*, citado en V. E., p. 1110.

dama y de su marido²², y que había puesto al descubierto al abrir mi camisa para ofrecer mi pecho desnudo a los puñales de los asesinos. Este acontecimiento me produjo una profunda impresión; me avergoncé de haber sido tan impulsivo, y di gracias a Dios por haberme preservado de la muerte mediante aquel símbolo de devoción consagrado a su santa Madre. Desde aquel momento, mi escapulario se me hizo mucho más precioso, no sólo como recuerdo de la amistad de una santa persona, sino también como prenda de la protección de la todopoderosa Madre de misericordia.

Los campesinos, ahora ya sin armas, y sabiendo que éramos católicos, se apresuraron a reparar sus errores y a manifestar tanto afecto hacia nosotros como antes nos habían mostrado odio y furor. Nos faltaba paja y agua; rápidamente nos proveyeron y se mostraron preocupados por nosotros mientras estuvimos allí.

El hecho que acabo de contar muestra un rasgo particular del carácter del pueblo español. Para los burgueses, los nobles, los habitantes de las ciudades, éramos enemigos políticos, apoyos de un usurpador extranjero que queríamos imponer en lugar del soberano legítimo; pero para el pueblo, éramos sobre todo los enemigos de su religión: al menos eso era lo que trataban de hacerle comprender quienes le incitaban a la insurrección. Un cambio puramente dinástico no le habría molestado demasiado; habría dicho como el asno de la fábula, al que le daba igual pertenecer a su amo legítimo que a los ladrones:

Me fera-t-on porter double bat, double charge? (¿Me harán llevar doble albarda, doble carga?)²³

Pero en el momento en que creía su religión amenazada por herejes, por paganos sin fe ni ley, como aparecíamos ante sus ojos, cualquier cosa valía

²² Don Ramón de Morillejos y su esposa Doña Teresa fueron los encargados de alojar a J. - J. -E. Roy en Aranjuez en mayo de 1808. Al marcharse de su casa, Doña Teresa le regaló un escapulario de la Virgen para que lo protegiera, pp. 78-79.

²³ Se trata de la fábula VIII del libro VI de *Las Fábulas* de Jean de La Fontaine titulada **Le Vieillard et l'Âne**:

Un Vieillard sur son Âne aperçut en passant
Un Pré plein d'herbe et fleurissant
Il y lâche sa bête, et le Grisou se rue
Au travers de l'herbe menue,
Se vautrant, grattant, et frottant,
Gambadant, chantant et broutant,

Un viejo en su asno vio al pasar
Un prado lleno de hierba y florido.
Allí deja a su bestia y el Pollino se lanza
A través de la hierba menuda,
Revolcándose, rascándose y frotándose,
Brincando, cantando y ramoneando,

contra aquellos adversarios²⁴. Una vez sacado de su error, volvía a tener sentimientos humanos, y hacía lo posible por aliviar las penas de aquellos correligionarios desgraciados.

El ruido de lo que había pasado en aquel pueblecito en el que habíamos dormido había llegado muy lejos, y nos había precedido hasta Oliva. También, cuando llegamos a aquel pueblo, fuimos, como de costumbre, rodeados por los curiosos; pero ya no hubo ninguna injuria, ninguna amenaza; desde nuestra llegada sólo hubo miradas bondadosas, y caras en las que se dibujaba la compasión. Numerosos visitantes vinieron a nuestra prisión a traernos palabras de consuelo; algunos añadieron pequeños presentes más agradables todavía, como pan blanco, chocolate o vino. El cura dio ejemplo, mandándonos un odre lleno de vino. Varios parroquianos lo imitaron y por un instante nos creímos de nuevo en Alburquerque.

De Oliva fuimos a Fregenal, donde se nos anunció que pasaríamos unos quince días. Nos alojaron en la casa del carcelero, en la que encontramos un buen fuego al llegar. «*¡Bien se ve que estamos en España!*», se apresuró a gritar el honorable Palacio. Esta vez estábamos de acuerdo con él, pues aquel fuego venía que ni pintado para secarnos un poco, después de una larga jornada de marcha por caminos horribles, bajo una lluvia glacial. Al día siguiente, como de costumbre, numerosos visitantes vinieron a molestarnos en nuestra prisión;

Et faisant mainte place nette.	Y haciendo mucho hueco.
L'ennemi vient sur l'entrefaite:	En ese instante llega el enemigo:
- Fuyons, dit alors le Vieillard.	- Huyamos, dice el viejo
- Pourquoi? répondit le paillard.	- ¿Por qué? responde el libertino
Me fera-t-on porter double bât, double charge?	¿Me harán llevar doble albarda o doble carga?
- Non pas, alit le Vieillard, qui prit d'abord le large.	- No, dice el viejo, que el primero se larga.
- Et que m'importe donc, dit l'Âne, à qui je sois?	¿Y qué me importa a quién voy a pertenecer?
Sauvez-vous, et me laissez paître.	Sálvese usted y déjeme pacer.
Notre ennemi, c'est notre Maître:	Nuestro enemigo es nuestro maestro
Je vous le dis en bon François	Os lo digo en buen francés.

²⁴ Estas reflexiones de J. -J. -E. Roy coinciden, en mayor o menor medida, con las de los modernos historiadores: «*En 1808 (..) el hecho de la invasión, la presencia material de un ejército extranjero, el atentado contra la monarquía, representada en la dinastía borbónica, junto con la ofensa a los altares, son los motivos decisivos por los que el pueblo, la masa absolutista de la nación, inicia la lucha a muerte contra el invasor.*» Cf. ARTOLA, Miguel., *Op. cit.*, p. 34.

éstos estaban lejos de ser tan acogedores como nuestros buenos campesinos de Oliva, o como los de la etapa precedente, a pesar de la vista del escapulario. Eran los burgueses de Fregenal, menos groseros sin duda alguna que los campesinos de los que nos habíamos quejado tantas veces, pero no menos molestos. No nos lanzaban injurias ni amenazas; pero trataban de humillarnos de mil maneras; cuando nos negábamos a responder a las absurdas preguntas que nos hacían, se vengaban haciendo, en voz alta, comentarios impertinentes sobre nosotros, el ejército francés, el rey José o el emperador. Como yo era uno de los que mejor hablaba español, fui uno de los primeros en caer las provocaciones de aquellos señores. Finalmente, cansado de su impertinencia, tomé la determinación de no prestar atención a nadie, de guardar silencio cuando me decían alguna tontería, y de no responder más que con palabras educadas, pero frías, a las preguntas de los que al menos mostraban un poco de cortesía cuando me dirigían la palabra.

Cierto día, distinguí entre la muchedumbre de nuestros invitados a un hombre de alta estatura, delgado, con un rostro hermoso pero severo, bien vestido y cubierto por un abrigo marrón. Aquel hombre nos miraba con una atención especial; permaneció mucho tiempo en la misma actitud sin que ninguno de nosotros se fijara en él. Inmóvil como una estatua, no dijo nada mientras hubo otros españoles en nuestro apartamento, y se limitó a mirarnos con la misma actitud. Por fin, cuando se quedó solo con nosotros, le oí pronunciar con una voz baja y triste estos dos versos de Ovidio:

*Donec eris felix, multos numerabilis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.
(Mientras se es feliz, se tienen muchos amigos;
Si el tiempo se vuelve tormentoso, uno se queda solo²⁵.)*

Me levanté rápidamente y, dándole la mano con efusión, le dije: -«Señor, nunca he apreciado tanto la verdad de lo que acaba de decir que desde que estoy cautivo. Es realmente cierto que los desgraciados no tienen amigos». - «Todavía los tienen, me respondió este hombre generoso, pero temen darse a conocer. Si no he venido antes, es porque no me he atrevido». -«¡Que no se ha atrevido! Y los que se pasan todo el día agobiándonos y ultrajándonos se

²⁵ Ovidio, *Tristes*, 1, 9, 5.

atreven a venir a vernos». -«Sin duda alguna, si tuviera las mismas intenciones que esos que me cuenta, y con los que parece confundirme, no temería en nada el furor de un pueblo ciego por los prejuicios y el fanatismo, y que con su odio implacable hacia los franceses abrasa igualmente a los que los frecuentan y los protegen²⁶. Por lo tanto debe comprender qué delicada y peligrosa es mi acción. Soy médico, y gozo en Fregenal de una excelente reputación. Todo el mundo me tiene en gran consideración, y estaría perdido, sin recurso alguno, si se tuviera la menor sospecha del motivo de mi visita. Lamento sus infortunios, y siento lo deplorable que es su situación, y aunque no puedo ayudarlos tanto como quisiera, contad sin embargo, con el corazón de Bartolomé Velasco. A la espera de que pueda prestaros favores más importantes, aceptad, os lo ruego, la única ayuda que ahora está en mi mano». Y diciendo estas palabras, me presentó algunas monedas de plata. En cualquier otra circunstancia un ofrecimiento de esta naturaleza me hubiera parecido un insulto; pero juzgué a Velasco, y me di cuenta que heriría su buen corazón si me mostraba ofendido por esta prueba de su simpatía.» - «Se lo agradezco en nombre de mis camaradas y en el mío propio; el testimonio que nos ha dado nos ha emocionado; en cuanto a su ofrecimiento, no podemos aceptarlo, porque al ser oficiales tenemos una paga que nos basta para nuestras necesidades.» -«¡Ah! Señores, interrumpió Velasco, temiendo haber herido nuestra delicadeza, les pido perdón si me he explicado mal, no es a ustedes a quien ofrecía esta miserable cantidad, sino a sus pobres soldados, que no reciben paga alguna; quería solamente rogarles que fueran los distribuidores.» -«Si es así, aceptamos con gusto, y vamos inmediatamente a cumplir su petición». Llamé rápidamente a uno de los suboficiales que estaba prisionero con nosotros, y le encargué que repartiera el dinero entre él y sus camaradas. Tras haber sido testigo de la distribución, y oído los agradecimientos y las bendiciones que le dirigían

²⁶ Ya hemos visto más arriba cómo Sébastien BLAZE indicaba en sus *Mémoires d'un apothicaire* que el odio de los españoles, no sólo se descargaba contra cualquier francés que cayera en sus manos, sino que además, «si algún español, menos inhumano, habla tratado de salvarlo o de protegerlo, también era asesinado». Como hemos señalado, estos españoles que frecuentaban y protegían a los franceses eran los conocidos como «afrancesados». El capítulo VIII de la obra de Miguel ARTOLA, *Los afrancesados*, está dedicado por entero a la política represiva.

nuestros soldados, aquel hombre admirable nos dio la mano, a la vez que gruesas lágrimas caían de sus ojos; nos dejó, prometiendo volver al día siguiente.

Velasco cumplió su promesa, y durante toda nuestra estancia en Fregenal fue para nosotros un ángel consolador. Su amistad tierna y conmovedora tenía un encanto especial para mí; los momentos que pasé con él eran los únicos que suavizaban la amargura de mis aflicciones.

Los malos tratos, los pesares, la fatiga, y sobre todo una comida insuficiente y mala habían alterado bastante mi salud. No me había dado cuenta durante el camino, pues íbamos a toda velocidad, y los peligros que seguían nuestros pasos desde que salimos de Madrid nos fustigaban la sangre y en cierto modo nos mantenían en pie. Pero, apenas tuve unos días de reposo, se operó en mí una reacción completa. Las fuerzas me abandonaron de repente, mis piernas se negaron a llevarme, y pronto se declaró una fiebre con síntomas alarmantes. Hice llamar a Velasco, que me prodigó los cuidados de un hermano y de un amigo. Venía a verme dos veces al día, y estaba bastante tiempo conmigo. Me procuró los medicamentos indispensables para mi estado, comprándolos con su dinero; no ahorró ni consuelo ni palabras de ánimo. Pero hubiera necesitado otros cuidados que ni con la mejor voluntad del mundo hubiera podido darme. Yo estaba acostado completamente vestido sobre las baldosas, teniendo por cama, o mejor dicho, por litera un montón de paja. Pidió insistentemente que se me procurara una cama; solicitó mi admisión en el hospital; rogó, suplicó; todo le fue denegado... No describiré el terrible estado en que caí durante mi enfermedad por carecer de las cosas más indispensables. Es casi imposible de imaginar; el recuerdo es todavía tan doloroso, que la pluma sentiría repugnancia al describirlo.

Para colmo de males, en medio de mis más violentos accesos de fiebre, se cumplieron los quince días de parada en Fregenal. Palacio quiso, dado mi estado, retrasar la partida dos días, con la esperanza que recobrará las fuerzas necesarias para afrontar la marcha. Incluso vino a verme en persona después del último aplazamiento para animarme; me dijo que tenía a su disposición una montura para llevarme. -«No quedará ninguna guarnición en Fregenal cuando nos hayamos marchado», añadió; - «No respondo de mis prisionero más que si están conmigo; si le dejo aquí, le expongo a ser degollado por el pueblo, ya sea el de esta villa, ya sea el de los campos que tendrá que atravesar para alcanzarnos». Decía la verdad. Yo sabía muy bien que ésa era la suerte que me esperaba; pero estaba hundido, minado por la enfermedad; me era imposible ponerme de pie y dar un solo paso. Respondí a Palacio con mucha calma, que en tal estado de agotamiento no podría soportar la fatiga del viaje, y

que no me quedaba más que caer y morir, y que me daba lo mismo morir en un calabozo que en medio del camino. El capitán me dejó sin insistir sobre cosas inútiles, y dijo al salir: «*He aquí un hombre perdido*».

Tuve que separarme de mis camaradas. Nos dijimos adiós como personas que no van a volver a verse jamás. ¡Qué terrible instante! El deseo de seguirlos, la horrible desesperación en la que me dejaba su partida, me habrían dado fuerzas si hubiera podido encontrarlas en un cuerpo agotado por las fatigas, la miseria y la enfermedad.

Cuando se alejaron mis camaradas, quedé solo en la prisión, sin amigos, sin recursos, sin defensa, completamente abandonado en un país de bárbaros, expuesto cada día a ser asesinado por el primero que tuviera ganas de hacerlo. Bien es verdad, que el generoso Velasco me traía consuelo; pero sus visitas eran demasiado cortas, y durante el resto del día no tenía más compañía que la del carcelero, su mujer y algunos mendigos a los que daban asilo. Todas estas personas, sin excepción, lejos de compartir mis males, parecían alegrarse con mis sufrimientos.

El vigor de mi temperamento, o más bien un milagro de la Providencia, me hizo resistir tan duras pruebas. La fiebre desapareció de repente; pero a penas había entrado en convalecencia, llegó la orden de mi partida. No tenía fuerzas para marchar. Mi amigo Velasco hizo todo lo que estuvo en su mano para retenerme en Fregenal; sus ruegos y gestiones no tuvieron ningún éxito. Los franceses se acercaban a la ciudad; no querían que fuera liberado por ellos. Me juntaron con otros seis prisioneros, sacados de no sé dónde, y, como yo, todavía enfermos; y el 4 de febrero de 1809, nos hicieron partir. El carcelero, un alguacil y cuatro campesinos formaban nuestra débil escolta, que debía renovarse en cada albergue.

Estaba extremadamente débil, y mis compañeros de infortunio y de viaje no parecían tener más vigor que yo. Estábamos completamente imposibilitados para dar un paso; nos colocaron a los seis prisioneros sobre tres burros. Velasco consiguió que tuviera uno sólo para mí. Cuando iba a partir, abracé a este excelente amigo cuya bondad y humanidad casi me habían hecho olvidar la dureza y la barbarie de sus compatriotas²⁷».

²⁷ El doctor Velasco nos recuerda al Sr. Rodríguez, único español que se atrevía a visitar a François Arago en el castillo mallorquín de Bellver donde estaba prisionero, y que no sólo le llevaba «*toutes les consolations qui étaient en son pouvoir*», sino que además le ayudó a escapar de la prisión. Cf. ARAGO, François: *Histoire de ma jeunesse*, en *V. E.*, pp. 1116-1118.

Hasta aquí las andanzas del capitán J. -J. -E. Roy por tierras de Extremadura. Después de salir de Fregenal continuará su ruta hacia los barcos-prisión fondeados en la bahía de Cádiz, pasando por Santa Olalla, Camas y San Juan de Aznalfarache, desde donde, por el Gualdaquivir, llegará hasta San Lúcar de Barrameda para ser conducido al pontón llamado «Castilla la Vieja». El 8 de junio de 1810 será liberado por tropas francesas. A partir de ese momento estará destinado en el cuerpo del ejército francés que operaba en Andalucía, región que recorrerá sin las penurias con las que había «recorrido» Extremadura. Finalmente, antes de abandonar España con destino a Rusia en diciembre de 1813, escribe: *«Aunque estaba muy contento de alejarme de España, que traía a mi mente tan tristes recuerdos, y de no participar en una guerra cuyo carácter se volvía cada día más bárbaro, dejaba en aquel país varios amigos que echaba de menos, y no olvidaba que los días de miseria habían sido borrados por otros de felicidad»* (p. 226).